

ARTE MUSICAL

REVISTA IBEROAMERICANA

SUSCRIPCIÓN

España y Portugal, año..... 12 pesetas.
Los demás países, año..... 16 francos

DIRECTOR

Manuel F. Fernández Núñez

ADMINISTRACIÓN

Plaza del Príncipe Alfonso, 8.
(Antes Santa Ana.)

FARINELLI

I

Cada día marchaba de mal en peor la salud del señor rey Don Felipe V; terrible pasión de ánimo le embargaba de continuo, y como para los males y angustias del alma no hay humano remedio, consumíase y agotaba sin que fueran bastante para atajarle melancolías, los puros aires de La Granja ni las diversiones preparadas en el Buen Retiro.

Y es que había sufrido tanto desde que asentara en el trono de España, que no hubo pena que dejara de hincarle la garra en el corazón.

Guerras, intrigas, lutos, y más que otro dolor alguno, tengo para mí que el que con más saña le dió de lleno, fué la muerte de su primera esposa, María Luisa de Saboya.

Aunque por razones de Estado, antes que de amor, hubo de unirse después á la intrigante y veleidosa Isabel de Farnesio, ni ésta ni la Princesa de los Ursinos, con su coquetería perversa y diplomática, fueron quiénes para hacerle amable la vida.

Don Felipe de Borbón fué de los pocos bienaventurados de amor, que no quiso más que á una mujer, aunque en otras procurara olvidarla.

Como digo, marchitábase su vida silenciosamente.

Para nada ocupábase ya del Gobierno de España.

Ni los resplandores de las guerras europea y civil que reverberaban en la corte de Madrid, conseguían que su vista se animara ni se le encendiera el rostro.

Había llegado á ese estado de postración é indiferencia en que todo da lo mismo, igual se hunda el mundo, como que cante un jilguero.

Semanas enteras pasábase sin salir de su cámara ni aun del lecho.

Por más invenciones que la reina ponía en juego para conseguir distraerle un solo momento, estrellábanse contra tanta melancolía.

Diz que cierta tarde, una dama de Doña Isabel trajo nuevas de Londres. Un pariente suyo recién llegado de la corte británica, era quien se las había dado.

Si algo dijo de diplomacia, y de cómo se comentaban allá las campañas de Italia, y glosábanse los galantes capítulos de Versalles, fué lo más de lo que habló un altísimo elogio de cierto cantante napolitano á quien decían *Farinelli*, el cual traía fama de ser lo más notable que jamás oyérase en el mundo.

La reina puso fija atención en las palabras de la dama, y sin saber por qué, diólas más importancia de lo que en sí merecían.

Quedósele grabado el nombre del famoso cantante...

Acordábase de la buena y entusiasta afición que antes de su enfermedad tuviera el rey á la música, y pensaba si no podría ser aquel artista un medio, si no de curación, por lo menos de esparcimiento.

II

En la antecámara del rey hablaban dos cortesanos, y era su charla animada y jovial y muy poco en armonía con la tenacidad de su señor.

—Como soy cristiano, podéis creerme que es el cantante más prodigioso que he tenido ocasión de escuchar en todos los días de mi vida.

—No será tan bueno como Cafarelli.

—Malos años para Cafarelli. Ya os juego yo la cabeza que no habéis oído voz semejante.

—La voz clarísima y sonora de Cafarelli, os digo que es única.

—En *Farinelli* hállanse todas las circunstancias reunidas, y si Dios es servido, esta misma tarde tendréis ocasión de comprobarlo en el concierto que para animar á Su Majestad ha de celebrarse. Embelesa, domina á cuantos le oyen, así sabios como ignorantes, amigos igual que enemigos.

Aquella misma tarde fué el concierto que se tenía por calmante de las intensas murrias de Su Majestad.

La reina Isabel no se separaba un punto de su esposo, haciéndole elogios del prodigioso artista que había llegado de Londres.

Escuchábale el rey, pero sin entusiasmo.

—Yo no me levantaré—decía—; no tengo humor ni tengo fuerzas; ya que es gusto tuyo el oírle, que cante aquí, le oiré desde la cama.

Y no habiendo medio de convencerle, en la misma estancia regia, tuvo lugar la presentación y primer concierto dado en España por el famosísimo cantante...

IV

La melodiosa y suavísima voz de Farinelli iba obrando el amable milagro de animar las perezosas energías del rey.

Escuchaba con atención profundísima. Se animaba su rostro, y á las veces, con un ligero movimiento de cabeza, llevaba el compás de aquellas arias que le eran conocidas. Al final de cada una celebraba la maestría del sublime cantante.

Tan excelente ánimo como en el monarca, produjo el concierto en la reina y en los cortesanos leales, porque se veía revivir al apesadumbrado monarca.

Así como la fiesta dióse por terminada, llamó el rey á su lado á Farinelli.

—Me has encantado—le dijo—; no sabes el bien que me has hecho. Nunca oí cantar mejor, ni en la Corte de mi abuelo, el rey Luis, ni

en tierras de Italia. Yo, ahora, en agradecimiento, te ruego que te quedes en Palacio como el único cantor de cámara, y que me pidas cuantas mercedes quieras. Por grandes que sean, todas te serán concedidas.

—Señor—contestó el cantante, inspirado por la reina—, una cosa muy sencilla en favor de vuestra majestad; quiero pedir que estimaré en más que cuanto me concedierais á mí. Que abandonéis el lecho, y asistáis á los Consejos. Os pido la salud vuestra y la de España.

Hubo un instante de religioso silencio; la escena era solemne.

—Pues digo que te complaceré—respondió Don Felipe...

Y de allí adelante, Carlos Broschi, cuyo seudónimo eclipsó á su nombre, fué cantor de cámara del rey de España y aun médico, pues que las armonías de su voz maravillosa aliviábanle notablemente...

Quiso el destino que, de allí á poco, el 9 de Julio de 1746, feneciera el primer Borbón, y desde aquel punto y hora comenzó á medrar el predicamento del músico insigne, hasta llegar á ser el inspirador, el íntimo consejero del nuevo monarca D. Fernando VI.

Y vean lo que hace el tener el alma moldeada en el arte puro y verdadero: jamás abusó de su preponderancia, y sólo hizo cuanto bien pudo á España y á los artistas, pues que durante su influjo comenzó á florecer entre nosotros el gusto de la música.

Los más notables cantantes del mundo vinieron á Madrid, merced á Farinelli, y bien puede decirse que él fué quien trajo las gallinas de la ópera á la nación española, pues que antes de él desconocíase el género en absoluto.

Tuviera más lugar y tiempo, y bosquejara á grandes rasgos la vida de su merced en España, hasta que, por rencores, y entiendo que amores contrariados de la misma Isabel de Farnesio que le trajo, hubo de salir desterrado para Polonia, donde acabó sus días á los setenta y ocho años (15 de Julio de 1782), querido y respetado de cuantos habitaban la ciudad. Pero ya en otro artículo sucesivo hablaré con más detenimiento, valga éste como ensayo y preámbulo...

DIEGO SAN JOSÉ.

MADRID MUSICAL

Crónica de la quincena.

Después de discutirse mucho sobre si habría ó no temporada de primavera, el teatro Real abrió nuevamente sus puertas, tras de innumerables dificultades, de las cuales no era la menor la presentada por la dificultad de encontrar artistas españoles que quisieran cantar ópera en castellano, condición principalísima de esta especial temporada. Muchos tenores y tiples de cuarta fila, apenas descubrieron un filito de voz, echáronse á soñar con ovaciones y triunfos que, de peldaño en peldaño, los iban á ascender hasta el infinito por la difícil escala de la gloria. ¡Cuánto Trovador, cuánto duque de Mantua, cuánto Radamés y cuánta Traviata, cuánta Lucía, cuánta Manon en ciernes soñaban con la brillante sala, espléndida de luces, que les iba á acoger estremecida de júbilo! Y claro, el escenario de una ópera sin gorgoritos, sin gran espectáculo, en una temporada no oficial, se les

hacía de menos para sus espléndidas facultades, y luego eso de cantar en español..., ¡es tan bonito cantar en la dulce lengua del Dante, aunque sea con una pronunciación fantástica, y eso de responder con *tante grazie*, aunque se haya nacido en el *corso* Embajadores...! Pues decíamos que por fin una tibia brisa de primavera penetró por archivos y guardarropas desempolvando partituras que yacían en la paz de los justos, y echó á volar de ellas tanta linda florecilla de trazo con las que se engalanaron los verdes años de nuestras mamás, que en su sencilla psicología hallaban en ellas complacencia y encanto.

¡Qué pálidos están hoy sus pétalos brillantes! ¡Qué descoloridas las ropillas y atavíos que del fondo de los abigarrados roperos teatrales han salido á nueva luz de candilejas! Y es que desde entonces han hecho desfile ante nosotros tantas y tan notables cosas, se ha afinado tanto, además, en punto á nacionalismo en música, se han hecho ya tales obras que han sabido ser españolas sin dejar de ser excelentes, y se ha depurado tanto el gusto, el criterio y la competencia—aún cuando falta tanto todavía—, que hoy hasta el menos enterado sabe que no basta colocar la acción en el corazón de España, ni sacar tipos vestidos con trajes regionales, ni aún injertar algún numerito de canto ó danza popular—que ha perdido, ¡ay!, todo sabor de tal, al aliñársele en salsas convencionales—para hacer música, ópera nacional. ¡Y si después de todo un pretendido arte nacional, al serle negado el calificativo, pudiese al menos conservar el sustantivo!

La obra que hubo de inaugurar la temporada primaveril ha sido *Margarita la Tornera*, que hace pocos años vió por vez primera la luz pública y que desde entonces no había vuelto á ser representada. Chapí, que fué un hombre español si los hay, que supo demostrarlo en ocasiones y poner de manifiesto su innegable talento, se olvidó de sí mismo en esta obra terriblemente carcomida por una caries heredada de todo un pasado de anemia.

La otra de las obras españolas fué *La Dolores*, de Bretón. Gran noche para su autor; ovaciones, un lleno, etc. Lo que decía un viejo amigo de la casa: no pasan años.

Y entre ambas producciones, vimos por única vez la extraña, apasionada, violenta figura de *Salomé* desfilando como un cometa brillante, torbellino endemoniado y audaz que nos hubo de zarandear un momento despertándonos de nuestra apacible somnolencia. Tanta audacia había de llevar su castigo, y esta vez, como la otra, la mano compañera de la que agarró tan fuertemente el bolso de las doblas, acogió á la perversa y lúbrica «princesa de Judea» que se había atrevido á llegarse, ¡y por segunda vez!, á nuestros escenarios.

No olvidaremos en mucho tiempo la espléndida realización de la trágica princesa, encarnada en María Kousnezoff. Estábamos tan acostumbrados á los personajes de cartón que andan por nuestras tablas, tan artificiosos, tan falsos, tan convencionales y... tan vulgares, que la aparición de esa artista tan admirable nos conmueve con la naturalidad á la vez que exquisito refinamiento, su visión de un arte elevado y superior, aquella declamación profundamente expresiva, siempre adecuada al momento, realizada siempre por el gesto, el ademán supremamente elocuente, es algo que no se ve todos los días en este teatro donde domina la insulsa de

una escuela ó la pedantesca vociferación de otra. ¡Y aquella «dama de los siete velos»!...

Pero es en ese temible final de la obra tan discutido y tan variamente interpretado por las más eminentes trágicas donde María Kousnezoff demuestra su depuradísimo gusto artístico.

Esas convulsiones y espasmos que vemos en otros teatros, ¿las autoriza, acaso, el libro? Hay opiniones; la nuestra, modesta y sin autoridad, coincide con la de la gran artista, que niega esa versión perversa y monstruosa. Ya Kufferrat, en su monografía publicada en 1907, indica cómo el desaliento, la desilusión, el remordimiento y la angustia invaden el espíritu de la neurasténica princesa al besar la truncada cabeza del Bautista.

Recientemente, el maestro Lassalle ha publicado un largo artículo en el que se profesa un criterio análogo. Discútase lo que se quiera, un punto hay esencial, y es el que, por lo menos, Strauss, se ha atenido á esa interpretación y ha escrito su música en ese sentido. ¡Y qué música vehemente, enfebrecida, angustiosa, más desbordante de lirismo, más llena de delirio y de pasión! ¿Para qué hablar más? Era menester llenar las páginas de un libro, aún no siendo nosotros los admiradores de ese estilo y de esa escuela, que adopta una espesa masa orquestal, viva y rica, pero demasiado homogénea y compacta, en la que el detalle no existe, debiendo fundirse cada instante en el conjunto total. Nuestra sensibilidad latina no procedería por análogos sistemas, quiere más luz, más aire, más perfume, más colorido, pero es sincera y sabe conmoverse con lo intenso y lo apasionado dondequiera que lo encuentre.

Más modestamente, y en un teatro de menor categoría; pero donde viene haciéndose verdadera labor patriótica, en el teatro de la Zarzuela, tuvo lugar el estreno del idilio vasco de Guridi *Mirentxu*. Los que nos preocupamos de estas cosas conocíamos ha tiempo la suave y delicada partitura, y gustábamos de esa preferencia del mejor gusto, por los tonos discretos y las medias tintas. Guridi es, ante todo, un poeta, y ha querido hacer poesía con su música antes que parada de sus conocimientos técnicos; y si bien la partitura en su conjunto es sencilla, clara, sin aglomeraciones, se oculta dentro de ella un técnico que se reserva, y que no hace más porque no lo cree necesario. A veces asoma, sin embargo, y nos muestra delicados encajes contrapuntales, pero vuelve pronto á su natural expresión.

El libro de que Guridi se ha servido indudablemente se avenía á su temperamento, y la feliz consecución de su obra muestra hasta qué punto llegan la discreción y el acertado juicio. ¡Qué peligrosos son esos asuntos de un romanticismo ya pasado, si no se posee un criterio sólido y un gusto depurado! Respecto al color local de la obra creemos, sin embargo, que proviene de fuera adentro, no á la inversa, que es la tendencia del compositor moderno. El compositor teje un cañamazo con los elementos corrientes: borda en él con algunos colores tomados al medio popular, y da la ilusión de una obra de carácter regional. Pero para que una obra no sea una mera ilustración, para que sea potente y sólidamente nacional, es necesario tomar los elementos mismos de esa trama, fundar la trabazón y sostén del edificio en lo que precisamente es base y raíz del canto popular; puede ya luego manejar sus materiales como quiera, su obra nunca perderá su esencial ca-

racterística. *Mirentxu* ha tenido un éxito felicísimo; á él nos unimos de corazón, y creemos que ello podrá complacer á Guridi, puesto que es de los pocos que en el corazón sienten aún la música.

El último concierto de la Sociedad Nacional fué un verdadero acierto y de innegable transcendencia. Con él afirma la Sociedad su intención de hacer honor á su título, haciendo oír en su seno el eco de todas las regiones españolas. Y fué Salamanca la región cuyos cantos populares, campesinos ó religiosos nos mostró el P. Ledesma en el mencionado concierto. Con algunos elementos de la región y con los niños de la Isidoriana, el P. Ledesma nos hizo oír deliciosas *aradas, muelos, canciones de siega, canciones de aceituna, tonadas, siberanas* y algunas composiciones religiosas.

¡Bienvenida esa música del pueblo que trae frescor y sosiego á nuestros espíritus! La Sociedad Nacional obtuvo aquel día uno de sus mayores triunfos. En ese mismo concierto los Sres. Bordas, Villa y Guervós tocaron «tres piezas españolas», en trío, del maestro Arbós. Esas piezas son su primera obra, y pertenecen á ese género nacionalista de fuera adentro de que hablábamos antes. Se habla por ahí de españolismo á la francesa al comentar ciertas obras. Tal vez; pero será preciso confesar que hasta ahora no hemos tenido más que un españolismo á la italiana, con el perjuicio de que en este tal estilo está infiltrado hasta los huesos, mientras que en el otro no pasa más allá de la epidermis técnica. El Sr. Bordas fué muy aplaudido en la misma sesión, al ejecutar excelentemente algunos números para violín solo.

En la Filarmónica, Teresa Carreño, la gran venezolana, la *leona del piano*, dió un concierto en la Comedia el día 17 del pasado; aquella noche se quemó el lindo teatro, enfermó ella, y hasta el 10 y 12 del actual no hemos tenido los restantes, verificados en la Princesa.

Cuando por un virtuoso de primera línea pasan los años sosegando la fogosidad del espíritu y pasan sin mermar sus facultades, ocurre entonces un caso maravilloso: la interpretación adquiere tan sublime serenidad, tal inconcebible seguridad y perfección, que la música parece elevarse pura y libre del instrumento, sin el intermedio del artista.

El arte inenarrable de Teresa Carreño queda grabado para siempre en nuestro sentimiento; no olvidaremos nunca la verdad y depuración de su juego, la calma, la serenidad radiante de su interpretación. Las sonatas (Beethoven, *fa* menor, op. 57 y *mi*, op. 27; Schumann, *sol* menor; Chopín, *si* menor) fueron dichas de un solo aliento. Otras obras fueron los «estudios sinfónicos», las «variaciones y fuga» sobre un tema de Haendel (Brahms), la fantasía cromática y Liszt, Schubert y Chopín.

En el hotel Ritz, las señoritas Seanne Gautier y Carmen Pérez dieron dos bellos recitales de sonatas de piano y violín, Beethoven (5.^a y 9.^a), Franck, Schumann (*la* menor), Mozart y Grieg, muy bien dichas, muy sentidas y con bella sonoridad.

En el Ateneo una sesión de piano y violín, Julián Jiménez y Ernesto Lehner; Jiménez posee un bello sonido y buen arco; la interpretación de Leclair y Bach justa y acertada. De piano, dos recitales por las señoritas Pura Lago y Consuelo Llarent, comprobando sus excelentes cualidades, que les proporcionaron altas recompensas en el Conservatorio.

En el salón Aeolian tres sesiones de música de Cámara, con variados programas, por las señoritas Gautier, Pérez y los Sres. Corvino, Taltavull, Daisa y Espinosa. Interpretaron sonatas de piano y violín de Vivaldi, Veracini, Mozart, Beethoven y Franck, y tríos de Mendelssohn (*re* menor, op. 49); Beethoven (*do* menor, op. 1), y Franck (*fa* sostenido, op. 1).

AD. S.

DAVID TEMPLADO



Autor del pasodoble «Los dos fenómenos», que figura en el presente número.

Lo que dicen los músicos.

AMADEO VIVES

Recordamos nosotros al visitar la pacífica vivienda del maestro Vives, la anécdota de aquel bendito fraile benedictino del siglo XIII. El fraile humorista á ratos, filósofo semiestoico quizás, ó acaso epicurista en ocasiones, perfectamente romántico cuando en las noches de estío contemplaba desde el hoy ruinoso castillo berciano los límpidas aguas del Sil, y un poquito volteriano al cubrir su cuerpo en las blandas sábanas, después de la refección de la noche.

No podríamos asegurar la razón de descubrir en la fisonomía de D. Amadeo la silueta del venerando hijo de San Benito, monje cluniacense, y por tal sencillamente sabio. En Vives adivínase, á través de aquella amplia y reluciente testa, sobre la que, alborotado en rebelde enmarañamiento, crece un pelo beethoveniano que marca sobre la faz la impresión de algo original y

extraño, el perfil del genio. Tenemos la seguridad de adivinar, por los rasgos fisonómicos, el temperamento del hombre que encierra un alma grande, ó guarda en su cuerpo la santa vulgaridad, envidiable y santa, por multitud de razones. Y nosotros que hacemos esta afirmación, hemos leído, con la rapidez que la vida permite, á los grandes antropólogos criminalistas italianos. Sería curioso saber lo que diría Garófalo del rostro de un político español, después de medirle el ángulo facial...

Con Vives, querido lector no hablamos de música. Este hombre, que tantas veces te mantuvo quieta la atención con las maravillosas notas que brotaron de su musa nueva, fecunda y original, gusta de entretener en su charla motivos de cosas mundanas, nada frívolas y sí muy interesantes.

—Yo no creo que los ensayos efectuados para implantar la ópera nacional surtan prácticos y efectivos resultados. En España los ideales están muertos, las energías debilitadas, los cerebros cansados. ¿Por qué? Por la falta de fe en un ideal supremo, que mantenga vivo el deseo de aspirar á la realización de un propósito.

Que algún día arraigó ese ideal en el pueblo, es indiscutible. El sentimiento católico avivó el espíritu, acicató el ánimo y logró la coronación de empresas que hoy parecerían un sueño, á no atestiguarlas la Historia. Murió aquello, yo no sé por qué causas..., y á partir de determinada fecha fuimos descendiendo en nivel intelectual.

CONSUELO GARCÍA HURTADO



Autora de la composición «Delicias del campo», que se reparte con el presente número.

tual; nuestro espíritu, vencido por la indiferencia, agotó sus energías, y huérfanos de ideales vivimos en espacio tan reducido que no merecemos la compasión de una mirada de los extraños.

Nosotros argüimos al maestro:

—Quizás la educación exótica que estamos recibiendo desde el siglo XVIII sea un factor importante, una suma de consideración en este desequilibrio.

Pero el maestro no lo estima así.

—Francia—nos dice—, recogiendo la influencia de otros países vecinos, ó alejados de ella, ha sabido mantener sus ideales puros... Yo le citaría otros ejemplos... Pero es que aquí no sabemos ni imitar... Por eso, nuestras óperas no se tomarán en serio fuera de España, como las obras de nuestros pintores y de nuestros poetas y de nuestros políticos, producirán lástima... Necesitamos un hombre..., créamelo; yo no sé si un Cromwell ó un Napoleón..., un hombre de estas condiciones, que sepa imponerse, que logre imponerse. Usted me dice que Maura... Pero yo no creo en Maura... Un político como él, que posee excelentes cualidades, honradez, alteza de miras, talento... debe decir la *verdad totalmente*; si los partidos políticos están corrompidos y las instituciones, á que se refirió en su discurso, convertidas en pestilente laguna, no es menos cierto que en España, otras entidades, otros organismos, otras corporaciones de indiscutible importancia en la vida social, de definitiva importancia, disuélvense en un fango de porquería. ¿Por qué no se refirió á ellas en su discurso? ¿Por qué no tuvo la gallardía de acusar con la misma brava actitud? Si Maura no lucha, si Maura no se impone, si Maura no vence, es, indudablemente, porque no tiene verdadero y positivo talento... Y él era el único, porque es el tuerto en el país de los ciegos.

—¿Y no cree usted en nuestro resurgimiento?

—En absoluto. Entiendo que un pueblo que carece de sentido moral, de fe y de ideales, tiene por única solución una ruina espantosa que originando conmoción social inmensa dé por resultado esa reivindicación de fuerza y energía que se requiere para vivir.

—¿Y nuestros capitales...?

—Nuestros capitales... no existen—replica—. Yo los califico con cierta frase que refleja su importancia: *Los ricos españoles... son ricos vergonzantes*... Y, sin embargo, cuando nos rodea otro ambiente, cuando dejamos de respirar el aire viciado que por aquí se respira..., somos grandes... El general boer Botta es catalán... Usted sabe las hazañas de este señor en el Sur de África... ¡Cuántas empresas no realizamos alejados de estos sitios!... Y es que, además, nuestro nivel intelectual no rebasa la línea de la mediocridad. Falsa la cultura de nuestros médicos, aparente la de nuestros literatos, nula la de nuestros políticos... Oiga usted para que juzgue: Cierta político de arraigo y respetabilidad preguntó en cierta ocasión á Tomás Luceño una tontería incalificable. «—Ustedes, los músicos y literatos—le decía—, ¿cobran algo por trabajar para el teatro?...» «—Sí—contestó Luceño—; nos regalan un traje todos los años...»

Hemos hablado con Vives de otra multitud de

cosas..., cosas de la vida, sin importancia, ya que todas las cosas de la vida tienen la importancia que se les quiera dar, por la sencilla razón de que no tienen ninguna... Ha escrito el maestro 101 actos, cuatro óperas y varias obras de género sinfónico, preparando actualmente una composición en forma de *oratorio* de extraordinaria novedad por su factura; á la vez

MARIANO VELÁZQUEZ



Autor del tow-step «Bonitos ojos», publicado en el número anterior.

prepara también una nueva ópera y varias zarzuelas que se estrenarán en Apolo en la próxima temporada, y todas estas obras sumarán nuevos éxitos para el mejor de nuestros compositores contemporáneos á juicio del público, de los críticos y de sus mismos compañeros.

Y, caro lector, como la interviú termina y ahora los señores *interviuvantes* deben añadir alguna tontería que sirva de epílogo á la charla, nosotros te decimos que al salir á la calle, después de abandonar el despacho del maestro, como estamos en Mayo, el día es hermoso y hay pajaritos sobre las copas de los árboles, cantan los pajaritos, y las gentes, estas gentes frívolas, continúan su viaje por la vida, la vida monótona que no vale la pena de pensarla ni de vivirla...

EL CURIOSO IMPERTINENTE.

CRÓNICA DE PORTUGAL

Al hacerme cargo de la corresponsalía de ARTE MUSICAL, para que tan honrosamente fui invitado, suenan los últimos ecos de la temporada de conciertos sinfónicos, que este año particularmente ha sido brillante. No se juzgue que en Lisboa, como en Madrid, la institución de conciertos de orquesta data de larga fecha. Hubo, es cierto, hace más de treinta años, una época en que varios maestros extranjeros, entre los cuales figuraba el inolvidable Francisco Asénjo Barbieri, llegaban a Lisboa a dirigir nuestra orquesta, interpretando obras de los grandes maestros y organizando sesiones musicales que aún perduran en la memoria de todos, tanto por su importancia cuanto por el enorme éxito que tuvieron.

Poco duró, desdichadamente, esa época gloriosa de nuestra historia. En 1887 realizábase en Lisboa, bajo la dirección del maestro alemán Ernesto Rudoff, la última serie de conciertos sinfónicos. Después de este acontecimiento artístico, la profunda apatía que invadió el ánimo de nuestros músicos, unida a la indiferencia del público y al desprecio olímpico hacia nuestro desenvolvimiento musical, vinieron a constituir una barrera invencible que ahogaba toda clase de iniciativas.

Así se pasaron más de veinte años de verdadera calamidad para el arte nacional. Ni en el teatro de San Carlos, cuna de tradiciones gloriosas, fué posible organizar una orquesta de músicos portugueses, puesto que para las temporadas líricas las Empresas contrataban artistas extranjeros.

Inicióse al fin el renacimiento musical; reconstituyese al efecto un excelente grupo de ejecutantes é inténtanse conciertos sinfónicos, que, si en un principio no obtuvieron resultado eficaz, lograron más tarde un éxito lisonjero que cada vez se acentúa con mayor entusiasmo. Y fué un maestro español, D. Pedro Blanco, quien operó el milagro y quien, con su energía y con su probado talento, consiguió vencer la indiferencia del público, proporcionándole algunas series de conciertos con una orquesta disciplinada y bien organizada que cuenta ya con vasto repertorio y un gran número de obras de los más reputados maestros.

Don Pedro Blanco es un insigne violinista que llegó a Lisboa hace doce años, teniendo ya concluida su educación artística en el Conservatorio de Madrid.

Formando parte de la orquesta del Real como primer violín, tenemos entendido hizo sus primeras armas como director de orquesta. Batuta inteligentísima, sabiendo como pocos transmitir la idea musical de los grandes músicos y procurando dar la impresión de la ejecución perfecta, D. Pedro Blanco dispone de una memoria prodigiosa que le permite dirigir *de cor* todas las partituras por difíciles y complicadas que sean.

Más notable resultó aún la temporada de conciertos con el concurso del insigne *pianista-compositor* portugués José Viana da Mota, que tiene ya su nombre consagrado en los mejores centros musicales de Europa y América.

Ya me he referido a los conciertos de la orquesta de Pedro Blanco y debo añadir que, al lado de esa grande entidad, figura la dirigida por el maestro portugués David de Souza, un artista de grandes aptitudes que ha realizado

también plausible campaña, muy apreciada por el público y la crítica.

Así, podemos hacer constar para nuestra satisfacción el hecho de poseer actualmente dos grandes é importantes entidades musicales, lo que es bien lisonjero para quien hace media docena de años no esperaba lograr suceso de tal transcendencia nacido de un simple ensayo de concierto orquestal.

J. NEUPARTH

Lisboa, 21 Abril 1915.

NOTICIAS

En Portugal falleció el día 26 del pasado Abril el competente musicólogo Ernesto Vieira, director de la revista lisbonense *Eco Musical*. Deja, entre otras obras interesantes, el Sr. Vieira, el *Diccionario de músicos portugueses* y *Diccionario musical*, trabajos justamente elogiados por la crítica. A la Redacción de dicha revista enviamos la expresión de nuestro sentimiento.



Se están celebrando en el Conservatorio de Música y Declamación las oposiciones a la cátedra de armonía. Los opositores, que son varios, están dando pruebas de gran competencia en los trabajos que deben desarrollar para optar a la plaza. Figuran entre los solicitantes compositores de tan relevantes méritos, como Conrado del Campo y Abelardo Bretón.



La Filarmónica de Burgos celebró su último concierto en Parisiana, con el concurso de Armida Senatra y Tomás Terán, que interpretaron con violín y piano obras de Beethoven, Vientemps, Sarasate, Scarlatti, Rochmaminoff, Schumann, Albéniz, Granados y Ponck.



En la misma ciudad castellana, el ilustre artista Leo de Silka interpretará en el mes de Mayo obras de Mendelssohn, Chuman, Hendelt y otros autores célebres.



Revistas recibidas: *Música*, de Barcelona; *Eco Musical*, de Lisboa; *Revista del Yaguez*, de Puerto Rico.

Sociedades musicales y conciertos.

Filarmónica de Zaragoza.

Conciertos los días 17, 18 y 19 de Mayo por la Sinfónica de Arbós, con obras de Vivaldi, Bach, Beethoven, Rochmaninoff, Listz, Mendelssohn, Brahms, Mozart, Wagner, Calés y Elgas.



La Prensa, de Santa Cruz de Tenerife, se ocupa, en uno de sus últimos números, del concierto allí celebrado por la eminente diva señorita Galli-Curci, acompañada por el Sr. Bosch, y secundada por el notable cuarteto Renacimiento, de Barcelona. Es posible que esta última agrupación musical se encuentre ya camino de Madrid, donde dará varias sesiones musicales.



El importante diario portugués *O Primeiro de Janeiro*, publica en su último número una interesante biografía del compositor español D. Tomás Bretón, en la que se hacen los elogios que merece la labor efectuada por este insigne músico.

Imprenta Helénica. Pasaje de la Alhambra, 3. Madrid.